

PASO AL FRENTE

CLITO-IRIS

Nada era así ¡NADA! TODO CORRÍA POR SU CUERPO DE LA MISMA MANERA EN QUE las golondrinas emigraban al sur oscureciendo las nubes, así de esa forma su vello ennegrecía el pubis sepultando la carne en el fondo de aquel misterioso matorral, donde cada tarde los dedos se perdían dejando que las uñas buscaran, rascaran hasta obtener un polvo blanquecino sin aroma, el cual volaba al trenzar su vello.

Así era ella, minuciosa, lentamente atractiva con ella misma al bajar la colina y desnudarse en aquel lago creado (según ella) por la lubricación que su cuerpo dejaba al sumergirse ahogando su piel en el agua hasta arrugarla, abrazándose el cuello con sus piernas como un contorsionista experto, degustando su tristeza.

Esta era una de las tantas maneras en las que oxigenaba su sexo, cerraba los ojos anestesiando a la mente de cualquier pensamiento, dejando que las burbujas lavaran tímidamente la marca de las trompas, borrando las sensaciones, dejándolas arrugadas para poder salir, secarse rodando en el pasto y vestirse para regresar a lo mismo estancado en las calles, en los aparadores, en el arrastre de los pies elevados por los tacones. ¡Lo mismo en distinto tiempo!

Así era su vida, monótona, sin prisas, con los días creciendo en el vello de sus axilas, con la ropa de moda y el alma vieja, con una herencia malgastándole su vida entre el poder de decisión de morir en el orgasmo, exprimiéndose en el sudor, en sus flujos, escupiéndose en su saliva.

Así empezaba su día, al atardecer se sentaba en aquella banca verde a la izquierda del quiosco, leía una y otra vez el *graffiti* en azul decorando la pared, compraba un globo morado pinchándolo como siempre en aquel rosal seco deprimido como su rostro, quizá por eso le gustaba el estruendo al librarse el aire, quizá por eso guardaba aquel plástico a la mitad de sus nalgas durante una hora para sentir el roce, el ardor al dar tres pasos y sentarse, sin dejar de ver el reloj, aguardando la hora para extirpar la tortura, masticarla algunos

instantes hasta filtrar el sabor, arrojarla entre los arbustos, levantarse, volver a caminar hasta llegar a aquél café, entrar al baño y transformarse al introducirse en su vestido rojo escarlata, quitarse los zapatos, la peluca y salir directamente hacia aquel poste a cuatro cuerdas y esperar la llegada de cualquier hombre en busca de compañía, de diversión, de...

La circunstancia no importaba, lo necesario eran tan sólo las ganas de coger, de sentirse tragada por el otro, de jadear al succionar el falo o de sentirse aspirada, penetrada, corrida, aquello era lo único en lo que ella pensaba en su desesperación, volteaba de un lado a otro, mientras sus manos recorrían desde el cabello hasta la vagina, todo estaba en orden, el cabello lacio, el cuello largo, los senos parados por la varilla de aquella lencería, el abdomen plano, los brillantes en el ombligo, el sexo libre adornado por aquellas diminutas trenzas que la hacían sentir diferente a todas, ella era perfecta para la distracción de cualquier macho o hembra que lo necesitara, no cobraba, tan sólo pedía cinco orgasmos seguidos, estaba cansada de provocárselos ella misma, sus dedos eran demasiado delgados para satisfacerla, los vibradores habían provocado una mayor extensión vaginal, y sus flujos se perdían en el sabor del plástico, estaba desesperada, caminaba de un lado a otro intentando alejar el deseo. Pasando las diez su cuerpo le pedía explotar sin poder controlarlo, era necesario que alguien llegara, que la tocaran, eran demasiados los años de soledad que se le juntaban en ese momento, lo mejor sería esperar pero su cuerpo le reclamaba el calor de sus manos, ella respiraba fuertemente tratando de contenerse, pero, era demasiado tarde, sus piernas se habían cruzado y su espalda resbalaba en el poste, entretanto sus dedos se introducían en su sexo, mojarse, subir y apretar sensualmente sus pezones erectos sobre la tela roja, nada le importaba ya, el Silencio se perdía en un mar de jadeos, el sudor resbalaba por todo su cuerpo al tiempo que sus muslos apretaban cada vez más fuerte, su lengua humedecía sus labios intentando rebasar la laguna interna, estaba a punto, un poco más de fuerza en los senos y alcanzaría la culminación, había aprendido a encontrarse, otro poco más y... lo había logrado, estaba empapada de ella misma, sus respiros era rápidos y fuertes, las piernas le temblaban, reclamándole el esfuerzo, mientras intentaba

sentarse en la banqueta, abrir las piernas, inclinarse y lamer aquella agua salada organizada por ella en la costumbre de cada noche.

Había acabado, ya no era necesario esperar, lo mejor era cambiarse, regresar a casa y fingir en el camino que nada había pasado, de esa manera erguía su cuerpo, arrastraba los pies lo más rápido posible mientras recordaba aquella frase de John Lennon: *la vida es algo que pasa frente a nosotros sin darnos cuenta*, repetía incesantemente en voz baja al tiempo que las lágrimas limpiaban la tierra de sus mejillas. El camino no había sido tan estresante como ella lo había pensado, se encontraba frente a la puerta de su casa, sacaba las llaves no sin antes besarla – aquel beso se había convertido en su único aliento-, respiraba, abría la puerta, cantando una frase creada por ella para darse valor, *nada de miedo, nada de dolor, todo es espuma en mi interior*, subía los escalones, cerraba la puerta oprimiendo el apagador rápidamente, evitando perderse en la oscuridad de su apartamento, se persignaba y corría hasta su habitación, cerraba la puerta con llave, abría el cajón de la derecha, sacaba una cajetilla, una botella de mezcal y su copa negra mate, tomaba el teléfono y marcaba 030, no solicitaba el tiempo, pero si necesitaba una voz que la acompañara, que la hiciera sentir que no estaba sola. Tomaba siempre el sexto cigarrillo de la cajetilla, lo prendía, bebía sin utilizar la copa, abría el tercer cajón del lado izquierdo y sacaba una hoja escrita hasta la mitad, la leía una y otra vez, volviendo a poner la misma frase, *HASTA EL FINAL, HASTA EL FINAL DE LA LAGUNA PERDIDA, HASTA DERRIBARME EN MIS SUSTANCIAS, HASTA DECLARARME LA GUERRA Y VENCERME OTORGÁNDOME LA PAZ*. Al terminar la frase, volvía a guardar la hoja no sin antes darle un beso, abría un poco la cortina, veía la ciudad iluminada y se imaginaba como sería su vida si alguien estuviera a su lado, alguna vez había pensado en tener un perro, un gato, un pájaro, pero no, no podría soportar lo que aquel animal pensara de ella, si aquel ser la rechazaba ahora si estaría perdida. ¡No! Lo mejor era seguir como hasta ese momento, sólo provocándose con sus propias manos, satisfaciéndose con sus dedos, con objetos, flagelándose, fingiendo que todo estaba bien cuando el todo ni siquiera existía, estaba cansada pero no podía dormir, pensar en su muerte la atormentaba,

odiaba la oscuridad e imaginarse en una caja bajo tierra le daba pánico. ¡No!, no podía soportar ni siquiera imaginarlo.

Cada noche al acostarse abrazaba un crucifijo plateado, pidiéndole tiempo para entender la causa de su estado, de su repulsión hacia el mundo, de su pérdida, de aquella obsesión por ella misma, de esa insatisfacción corporal la cual se iba haciendo cada vez más grande; había llegado a odiarse, con ese sentimiento dormía cada noche pidiéndole a su Dios la respuesta, pero nunca llegaba.

Una mañana tuvo pánico de enfrentarse a las calles, de abrir la puerta, de perderse en los ruidos, de tocarse. ¡Se resistía a tocarse, a sentirse húmeda!, a excitarse, estaba cansada de ella misma, e había reconocido como su propio amante, celoso y lascivo, anhelaba dejar de pensar, de sentir, de venderse a ella misma. Ese día decidió aprisionarse bajo las sábanas, sin alimento, sin sexo, olvidándose del tiempo, de las temperaturas, necesitaba dormir, pero las piernas se le abrían, la excitación se presentaba, ella se resistía pero sus manos habían ganado territorio dentro de la vagina, unos dedos acariciaban los labios mientras otros inspeccionaban a Venus sagazmente, era absurdo resistirse, nada podría parar su calentura, los dedos penetraban cada vez más, entraban y salían equilibrándose con los movimientos hasta que...

Sí, aquel dedo había encontrado el punto, el causante de aquella necesidad, su enemigo.

Ella sintió un poco de paz mientras buscaba un espejo, una navaja, unas pinzas de depilar y un poco de agua en una vasija, no tardó en encontrarlos, se sentó sobre la cama, abrió las piernas lo más que pudo, puso el espejo enfrente mientras sus ojos y sus dedos buscaban desesperadamente al culpable, el enemigo parecía haber presentido su búsqueda, se escondía, ella buscaba neuróticamente el lugar, los minutos pasaban, el cuerpo se le adormecía, el espejo empañado, la boca seca, el olor se impregnaba y todo parecía que el enemigo había ganado, pero un segundo antes de la derrota, aquel anillo lo había descubierto, acercó el espejo, tomó la navaja, las piernas un poco más abiertas, un respiro, contó hasta tres, las pinzas extrajeron y la sangre comenzó a humedecer sus piernas, un poco de agua, el ardor era insoportable, pero lo había logrado, había conseguido asesinar a su mayor

enemigo, nunca más volverá a sentir aquella insatisfacción permanente, miró la vasija, quedaba un poco de agua, alzó la navaja sumergiéndola en el agua, la sangre seguía saliendo de su cuerpo, sus movimientos eran lentos, sus respiros, su sonrisa de satisfacción, un Silencio le declaró la verdad, había perdido, se iba junto a su enemigo, era el final de todo.

Había arrancado el clítoris y junto con él su vida, tomó la navaja con una mano y con otra tomó a su asesino de carne, abrió la boca, introdujo el clítoris y lo masticó, intentando implantarlo de nuevo a través de la orina, se sintió sola, se arrastró hacia el teléfono, marcó 030, la hora, 01:20, había llegado el final...

Martha Leticia Martínez de León... *Silencio*